

Magnífica política

Salvador Illa i Roca
 President de la Generalitat
 de Catalunya

La tarde del pasado 10 de junio, las aceras de la calle Rosselló de Barcelona se abarrotaron de miles de ciudadanos y ciudadanas de distintas nacionalidades, culturas, lenguas, ideologías y creencias. Todos ellos se congregaron para participar en el recorrido que el Papa León XIV realizó hasta la Sagrada Familia.

Barcelona es bien conocida por ser la ciudad de los prodigios, pero ¿cómo es posible que el jefe de la Iglesia Católica y del Estado del Vaticano reúna a una multitud tan diversa e incluso a personas que se declaran no creyentes?

La encíclica Magnífica Humanitas de León XIV no es un tratado sobre la Inteligencia Artificial: es un tratado de hondo calado humanista, que plantea la necesidad de proteger el principio de la dignidad de la persona cuando el poder de la tecnología está transformando radicalmente todos los ámbitos de la vida individual y colectiva, como son las relaciones humanas, la economía, el trabajo y también la política.

Quizás la respuesta la encontramos en la propia ciudad: en el plano original del Eixample de Cerdà —fechado en 1859, treinta y tres años antes de colocarse la primera piedra de la Sagrada Familia—, la calle Rosselló era la calle “H”. La misma inicial que “Humanidad”.

Desde el inicio de su pontificado, el Papa León XIV nos ha recordado algo que quizás habíamos olvidado: todos formamos parte de la misma humanidad.

En plena era del algoritmo, en un mundo encaminado hacia una preocupante deshumanización y cuando predomina la política extremadamente divisiva y polarizante, la encíclica *Magnífica Humanitas* ha vuelto a situar la dignidad de la persona por encima de cualquier otra consideración.

En esta aparente obviedad radica su fuerza, su trascendencia y su capacidad de interpelarnos. Cuando la revolución tecnológica lo está transformado todo, incluso la concepción misma del ser humano, millones de personas tenían la necesidad de volver a sentirse ellos mismos, de sentirse pertinentes y unidos. No en vano, la encíclica se firmó el mismo día, un 15 de mayo, que León XIII firmó su encíclica *Rerum Novarum* en defensa de la dignidad del obrero en plena revolución industrial.

Magnífica Humanitas va mucho más allá. No es un tratado sobre la Inteligencia Artificial: es un tratado de hondo calado humanista que nos plantea la necesidad de proteger el principio de la dignidad de la persona cuando el poder de la tecnología está transformado radicalmente todos los ámbitos de nuestra vida individual y colectiva:

las relaciones humanas, la economía, el trabajo y también la política.

¿Acaso la protección y el fomento de la dignidad de todas las personas no es el objetivo elemental de la política noble?

En las constituciones democráticas, la dignidad es el principio jurídico y ético supremo. Actúa como el cimiento del Estado de Derecho, reconociendo que cada individuo posee un valor intrínseco que el Estado debe respetar y proteger, sin distinción de ninguna clase.

El concepto fue incorporado a las cartas magnas tras la Segunda Guerra Mundial, buscando

Magnífica Humanitas
establece una alerta, que
corresponde trasladar al ámbito
político y jurídico. Es necesario
un código ético compartido,
consensuado y universal sobre
la Inteligencia Artificial. Esto
no significa ir en contra de la
innovación tecnológica, sino
promover una ciencia y una
tecnología al servicio de todos.

evitar el totalitarismo y los horrores del nazismo. Su primer gran reconocimiento universal fue la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948), que en su preámbulo destaca el reconocimiento de la "dignidad intrínseca" de todos los seres humanos.

Unos años después, en 1956, se acuñó por primera vez el término Inteligencia Artificial por el matemático informático John McCarthy durante la histórica Conferencia de Dartmouth.

Desde entonces hasta hoy, el marco constitucional y el corpus legal derivado de él, ha soportado, no sin dificultades, el encaje del progreso tecnológico y su subordinación a los derechos humanos. Sin embargo, la irrupción de la IA y su fulminante progresión ha desbordado de tal manera los marcos legales que incluso ha propiciado

la mal llamada "utopía" transhumanista que promete un ideal tecnológico superior a la condición humana.

Es en este abismo abierto, que el Papa León XIV reclama la defensa de la "magnífica humanidad". Es decir, como ya formalizó Kant, la persona no es un recurso que se pueda explotar, como pretenden los magnates de las grandes empresas tecnológicas. Asimismo, la IA, no es neutra, responde a unos intereses que no pueden estar en manos de unos pocos ni por encima del bien común. "Desarmar la IA", nos dice la encíclica, es decir, sustraerla de la lógica competitiva y del beneficio como único propósito.

Magnífica Humanitas establece, sin duda, un precedente, una alerta, que nos corresponde trasladar al ámbito político y jurídico. Es necesario un código ético compartido, consensuado y universal sobre la IA. Esto no significa ir en su contra o en contra de la innovación tecnológica. Todo lo contrario, significa promover una ciencia y una tecnología al servicio de todos.

Si a lo largo del siglo XX, la política giró en torno a cómo equilibrar Estado y mercado, en el siglo XXI debemos afrontar el equilibrio entre democracia y tecnología.

Si el pasado 10 de junio, miles de personas pudieron llenar la calle Rosselló de Barcelona en libertad e igualdad es gracias a la conquista democrática del espacio público, del ágora. La ciudad, el país, la sociedad son proyectos colectivos que nacen de la suma de nuestras virtudes y también de nuestras limitaciones. Ahí radica su grandeza y su capacidad de mejorarnos. Por eso, el Papa León XIV usa el ejemplo de Nehemías, que reconstruyó Jerusalén convocando y uniendo el esfuerzo colectivo de las familias. Hoy tenemos la responsabilidad de la conquista democrática del mundo digital y de la IA para que sean un espacio colectivo, horizontal y accesible de verdadera libertad e igualdad para todas las personas, sea cual sea su condición.

De nuevo, viene a mi pensamiento el ideal ético y político de Ernest Lluch: llevar la máxima libertad, igualdad y fraternidad posibles a todos los espacios, dimensiones y acciones de nuestra sociedad. También la digital. Y para ello necesitamos recuperar y practicar una magnífica política.

TEMAS